tentísimos y quietos esperando que pues era acabada la guerra con Tlaxcalla, de aquella confederación les habían de resultar grandes bienes; porque ya se hallaban en estado con los muertos y estar casi todos heridos y los continuos trabajos padecidos y por ser pocos y otras muchas dificultades que había, que si la guerra durara tenían por cierta su perdición; y así juzgaron que esta paz, hecha a tal tiempo, procedió de la mano de Dios. Y porque se conociese mejor que todo procedía della, mandó Fernando Cortés que se dijese misa y se le diesen gracias; y acabada, el padre Juan Díaz puso por nombre a la torre de aquel templo de la Victoria, en memoria de las muchas que alojando cabe ella aquel ejército había tenido, en casi cuarenta días que allí estuvieron.

CAPÍTULO XXXVI. *Que se hace la confederación de Cortés y los tlaxcaltecas y que llega a Tlaxcalla; y lo que le dijeron los embajadores mexicanos, y embajada que recibe de el tetzcucano Ixtlilxuchitl*

ALIERON DE TLAXCALLA a recibir a Xicotencatl como a embajador que volvía de tan importante negocio; oyóle la señoría todo lo que refirió, y allí se resolvió que, pues de la persona de Cortés tenían tanta necesidad contra Motecuhzuma, con toda brevedad procurasen de meterle en la ciudad por no dar ocasión a que se confederase con él. Publicáronse las paces por la ciudad y provincia con regocijo; hízose un mitote (que es baile) de más de veinte mil hombres de la nobleza, aderezados ricamente. Cantaron la valentía de los castellanos y el contento de su amistad para mejor vengarse de sus enemigos. Hicieron grandes sacrificios a los dioses quemando muchos perfumes; y en señal de tanta alegría enramaron las puertas poniendo en ellas muchas flores. Mucho pesó a los embajadores mexicanos de aquella confederación con los tlaxcaltecas y dijeron a Fernando Cortés que mirase lo que hacía y se guardase de aquella gente que era tan doblada, que lo que no habían podido conseguir por la guerra lo procurarían con engaños; y que si entraba en Tlaxcalla fuese cierto que a todos los matarían a traición. Y aunque Cortés, como hombre recatado, no estaba nada confiado hasta entonces de los de Tlaxcalla, respondió a los mexicanos (sabiendo la pasión con que hablaban) que por malos que fuesen estaba determinado de entrar en la ciudad, porque menos los temía en ella que en el campo; y vista su determinación le pidieron licencia para que uno de ellos pudiese ir a Mexico a dar cuenta al rey de lo que pasaba y llevarle la respuesta de su principal recaudo, y le suplicaron que se detuviese allí seis días hasta ver lo que decían de Mexico. Holgó de ello por conocer mejor en aquel tiempo si el amistad de Tlaxcalla era llana y cómo se tomaba en Mexico.

Entre tanto que esto pasaba iban a el ejército muchos tlaxcaltecas con bastimentos y los daban de balde. Otros a sólo ver y comunicar los caste-

llanos rogándoles que fuesen a su ciudad. Entreteníanlos con buenas palabras hasta que vuelto el mensajero de Mexico, al sexto día, llevó diez joyas de oro ricas y bien labradas, mil y quinientas ropas de algodón y rogó a Cortés, de parte de Motecuhzuma, que no se pusiese en aquel peligro de entrar en Tlaxcalla, porque le certificaba que de ello le había de pesar, porque aquella era gente necesitada y por robarle le convidaban a su ciudad y que nunca acudieran a la paz, sino que supieran que era su amigo. Por otra parte ya habían enviado los señores de las cuatro cabeceras a rogarle y importunarle que fuese a la ciudad y que si mayor seguridad quería, se la darían certificándole que su amistad había de ser para siempre, porque por todo el mundo no romperían la fe y palabra de la república, porque si tal hiciesen los dioses los castigarían. Fernando Cortés, juzgando que tanta cortesía e importunidad no podía nacer sino de amistad sincera y porque los cempoalles se lo importunaban mucho y aconsejaban y rogaban, determinó de ir a Tlaxcalla y llevando el ejército en batalla comenzó a caminar, dejando en el cuartel adonde estaba la torre de la Victoria muchas cruces y montones de piedra para memoria de las muchas victorias que Dios en aquel sitio les había dado. Era cosa notable ver la gente que de la comarca salía a los caminos a mirar los castellanos y todos espantados de ver tales hombres, con la experiencia de las batallas que habían vencido, mudos y atónitos los miraban no sabiendo qué creer ni en qué había de parar la venida de aquella gente. Y era también de notar lo que los cempoalles y los otros indios que seguían los castellanos muy ufanos y hablando con los otros decían; porque unos contaban su fortaleza, su bondad y sus hazañas, que todos lo oían alabando a su Dios, en cuya virtud vencían; otros decían, ¿qué os parece? Veis aquí los escogidos, enviados de su Dios, a quien tantos de vosotros no bastaron vencer, y os los traemos por amigos. Y de esta manera llegaron a Tlaxcalla. Despidió a los mexicanos, diciéndoles que él iría a Mexico a verse con su rey, y le besaría las manos.

A esta misma sazón le vinieron embajadores de Ixtlilxuchitl, hermano de el rey Cacama de Tetzcuco, que estaba con su ejército en Otumba, el cual le ofrecía su ayuda para todo lo que se le ofreciese dándosele por amigo en todo trance y pidiéndole que habiendo de hacer jornada para Mexico fuese por Calpulalpa donde le saldría a recibir con toda su gente y le acompañaría con ella en su jornada. Holgó Cortés de esta embajada y informóse de algunos mexicanos de la persona de Ixtlilxuchitl y de todo lo que pasaba y bandos y disensiones que entre los hermanos había; y pareciéndole buen medio aquél para pasar adelante, despachó los mensajeros agradeciéndole el honrado ofrecimiento que le hacía y envióle a decir que tuviese mucha confianza de que le ayudaría con los suyos en su demanda contra sus contrarios, porque ya sabía que tenía razón y justicia; y que habiendo de pasar a Mexico como lo pensaba sería por la parte que decía y que de camino se verían y tratarían lo que mejor les estuviese a entrambos. Fuéronse con esta embajada muy contentos los mensajeros y no con menor alegría la oyó Ixtlilxuchitl, cobrando nuevo ánimo para seguir el fin de sus intentos.